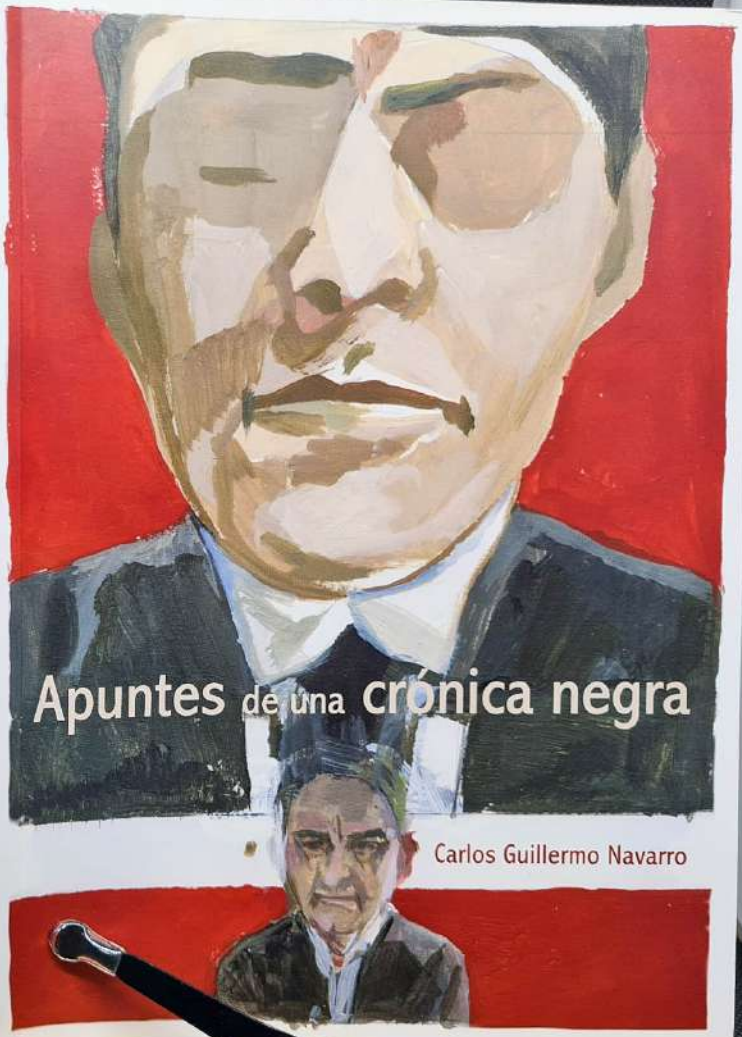
"Apuntes de una crónica negra" se desarrolla en el ámbito de dos personajes, en los que se contraponen la conquista de la cima del mundo alcanzada por uno y el intento por ubicarse en esa cumbre del otro. Un protagonista sin relieve y anodino, Godofredo, es el visionario central de la historia donde importa tanto el logro de la meta como el camino emprendido para conseguirla. Bajo el fondo de una novela negra se recoge el relato de los acontecimientos que urde una intriga que va dibujando a los personajes. Godofredo se lanza hacia un final que le consagre a cualquier precio como hombre de dinero en la cúspide del poder, bien anexionándose la voluntad de Ana María, la hija del todopoderoso Tadeo Méndez, o procurando "sabérselas apañar" sin miramientos. Novela sobre el triunfo y la frustración, sobre la realidad y las apariencias. Su ambientación claroscuro recoge las sombras, oscuridades y dudas que van apareciendo en los personajes. Su negrura surge no solo del relato policíaco sino del signo vital de las relaciones humanas, donde también las pasiones se entrecruzan con los intereses. El triunfador eleva lo que toca a realizaciones y el fracasado convierte lo que pisa en humo. Una galería de personajes inciden sobre el eje principal de la misma enriqueciéndola en su conjunto, y donde el lector debe avivar su imaginación para introducirse y apuntalar lo que es solo un "apunte de una crónica negra".

9 788

Apuntes de una crónica negra

Carlos Guillermo Navarro

AYPEd



© Carlos Guillermo Navarro
© IG FotoEditor, S.L. 2006

Diseño
Pepe Florido

Ilustración de portada
José Luis Anaya

Impreso por
Artes Gráficas Luis Pérez, S.A.
c/ Algorta, 33. 28019 Madrid
Impreso en España–Printed in Spain

*Todos los derechos reservados en todos los países.
Ninguna parte de esta publicación puede ser
reproducida o sonada total o parcialmente
sin el previo permiso escrito de los editores.*

ISBN-13: 978-84-931546-3-6
ISBN-10: 84-931546-3-6
Depósito legal: M. 50.228-2006

APUNTES DE UNA CRÓNICA NEGRA

Carlos Guillermo Navarro

AyPEd

Tadeo Méndez asimiló que progresaría en la vida cuando consagró en su cabeza que con proponérselo era bastante. Le marcó esta idea un robo que no debía de haber tenido importancia en el devenir de su historia, aunque enriqueció su saber de que únicamente a cada uno le incumbe lo que directamente le atañe.

Ocurrió en el metro de Madrid. Todavía formaba parte de su carácter la ingenuidad que le familiarizaba con la percepción de la belleza sin rastrear en las cosas con la distorsionada visión que se le quedó por el hecho que se narrará a continuación.

Deambulaba con su novia por los andenes para ubicarse y hacer el transbordo que le transportara a casa, cuando al introducir medio cuerpo en el vagón del metro tuvo la sensación de que un leve roce salía de su bolsillo. Volvió la cara para comprobar qué pasaba, y se transformó, sin más, en un careto cuando vio a un grandullón que corría caracoleando a toda velocidad. Se echó la mano al bolsillo y comprobó su desacierto por no custodiar como procedía la cartera, que en un vuelo se la habían birlado.

Su ánimo aparentó como el de los que requieren tiempo para reaccionar. Cuando se compuso, ya era tarde. Hubo un intento de buscar apoyo a su alrededor, y concentró su vista en los seres inertes que adosados en sus asientos o asidos a la barra del vagón desviaban sus ojos para no encontrarse con los suyos. No supo si todos estuvieron por eludir el compromiso. Se sintió inútil, torpe y bobo, pero sí adquirió conciencia de que podía aspirar a ser un carterista de manos largas donde nadie se entromete en lo que no le afecta.

Desde entonces había pasado por diferentes recorridos por las capas sociales, siendo el triunfador que encontró donde quiso lo que le era apropiado. Su imperio montado sobre la trepa decidida aquel día, no daba más de sí. Y entiéndase, porque importa no omitirlo, que sobrepasada la más apetecible fortuna, lo que se le engrosa entra dentro de la avaricia sin límite, donde las satisfacciones por obtener bienestar no nos sirven para incorporar más gusto a la vida.

Estaba bien considerado y hacía en esta última etapa de menor ajetreo más aduladores que enemigos, sin excederse estos últimos en difundirlo.

En los ficheros policiales no contaba su ligadura a ningún escándalo. Todo lo contrario. Se le admiraba como hombre de paz, respaldado por el dinero que había acumulado con su trabajo y coraje. No se le asociaba con narcotraficantes ni con negocios ilegales ni en sus antecedentes constaban pasajes que investigar. Se le apreciaba por sus grandes obras y sus ayudas a las justas causas. Conversador con quienes proporcionan la gloria, entre sus innumerables interlo-

cutores había banqueros, jerarcas eclesiásticos, militares y grandes comerciantes. Era padre de una hija hermosísima que rondaba los 26 años, soltera y muy vigilada para que no la engatusara algún encantador adonis. Despreocupada de su montante hereditario, y por tanto de lo que le tocaba por descendiente única, no se detenía a examinar esas minucias. El gasto para ella era consustancial a su abundante existencia. No conocía inquietudes que apuntaran a escaceses, aunque desde cría había sentido sobre sus espaldas la autoridad paterna, que nunca había conseguido integrarse en la tendencia moderna de los tiempos.

Lo que preocupaba a Ana María, nombre sonoro para formar parte de cualquier telenovela y quizás por ello su madre enganchada en las sobremesas a esos personajes había yuxtapuesto a sus apellidos su devoción televisiva, era que cualquier hombre con dotes de conquistador se alejaba de ella sin dar explicación de su extemporánea huida. Sus amigas chocaban con un muro que tenían que salvar, porque nada era cómodo en el trato con Ana María, no porque pusiese pegas, sino porque existían unos despliegues paternos que atenazaban, como si la siguiese constantemente alguien.

Más aún ahondaron los inconvenientes, cuando una de sus amigas, que habitaba en ambiente de menos alturas y con la que compartía confidencias, apareció, en el despertar de un día, flotando en las aguas del río que cruzaba la ciudad. Ana María no creía que su acción la provocara un acto de locura por un amor imposible, y se estremeció cuando la

policía le detalló, cómo una chica, que pasaba por la más normal del mundo, había sido torturada hasta la saciedad con hirientes señales en su cuerpo.

Le inundó el desánimo, pero recobró el temple al comprobar que estaba protegida, segura, y casi convencida de que a su amiga Teresa Amaya le había sucedido aquel "accidente", como lo calificó su padre, con signos de estar afectado, porque era la consecuencia de los lugares sociales donde se afincaba. Y a pesar de ese sentimiento de temor que al principio la embargó, no dejó de ser un día relajado, de los que llegado a un punto se asume que lo que acontece es tan usual como las horas precedentes. De aquí, que cuando el policía que trajo la noticia le indicó que la habían asesinado, a pesar de su descorazonamiento por lo inesperado, convirtió lo descrito en un supuesto que se integraba en el habitual acontecer de un mundo trastocado. Sólo percibió su alcance cuando despertó a la mañana siguiente.

Su resignación se extendió a pasiva receptividad cuando el insensible policía, una semana después, le relató cómo habían encontrado el cuerpo. "Esa carnicería suele hacerse cuando un demente quiere martirizar a alguien o cuando se pincha para soltar el habla. Probablemente perseguían alguna información". Con poca delicadeza, quizá para captar su reacción, fue relatando las partes de su cuerpo donde la habían agujereado, quemado o introducido objeto. "Pobre chica", acabó su paseo por los infiernos el policía. "¿No puede usted darnos alguna pista?" Salió Ana María de su éxtasis cuando el padre entró al quite y postergó su contes-

tación. "No es el momento oportuno", puntualizó. Ana María reconoció en su progenitor a su salvador, y pensó: "mi padre es un santo".

Antes de que pasaran los días, quiso Ana María desentrañar si en la vida de Teresa Amaya había habido audaces actuaciones que pesaran tanto y de las que se dedujesen ese trágico final.

Por su hermosura y perfectas líneas se adivinaba diseñada para que algún ricachón u hombre de prestigio se encaprichase con ella. Conjuntaba su belleza con su gracia. En cualquier tertulia acaparaba las miradas y los deseos. Las demás mujeres no se le asemejaban en cara ni en cuerpo. Era sexual y atractiva, con un barniz prosaico, y cuyas barreras para meterse en su intimidad, infranqueables en otras, estaban abiertas en Teresa. Se decía que era la que con mayor ardor besaba, la que casi a lo tonto, y sin parecer darse cuenta, incitaba con sus roces. Los oportunistas se atribuían derechos de alcoba, cuya facilidad de acceso suponían que Teresa alentaba. En este recuento por dar con una explicación a lo ocurrido, Ana María contabilizaba tantos pretendientes que de ahí su primera deducción de que, aunque Teresa era de las que impensablemente cortarían su propia vida, tal vez alguna desesperación, de las que ocultamos en el haber de nuestras desdichas tras el muestrario de la fachada de la alegría, se la había cercenado sin que nadie lo hubiese previsto. Teresa le había hablado de los que la habían intentado conseguir, pero estaba en esta última faceta de su vida esclavizada de su enamorado, que era Bernardo Vergara. Ana María sabía

quienes eran de entre los que la habían pretendido, los que hubiesen tenido esperanza, y con los que ella, antes de echarse novio, se hubiese enternecido y desarmado. Pero al revisar ese recuento no sobresalía el desconsolado de tanta maldad, ni siquiera alienado en su capacidad de raciocinio, que estuviera por producirle aquellos monstruosos sellos, aquellas incisiones infames, exponente de una mente trastornada, que la había dejado muerta, frita, después de un período de espantoso dolor, y que la sobrecogía el sólo pensarlo.

Transcurridos unos días de interrogatorio delante de unos abogados contratados por el padre, la policía dedujo, como se desprendía de sus géneros de vida, que nada especial sacarían de las relaciones de Ana María y Teresa Amaya. Por lo que, llegado a este punto, pospusieron para cuando el momento lo requiriese hablar de nuevo con ella.

-¿Por qué no investigas lo ocurrido? -solicitó Ana María al padre cuando se hallaban almorzando y la conversación se detuvo por falta de asunto a tratar.

-Eso corresponde a la policía, pequeña. No hay por qué desconfiar -aseguró el padre, no exento de preocupación.

-Me gustaría que te interesaras. Sé que la policía está desbordada, y para ellos estos casos entran dentro de los temas diarios que por repetidos se convierten en papeles de archivo.

El padre la escudriñó y obtuvo la impresión de que su hija estaba cambiada, madura, muy lejos de la infanta de cuando su madre la asistía, y con el decidido convencimiento de que se le escapaba.

-Lo tuyo son los estudios, no ir más allá de meterte donde producirías inconvenientes -aconsejó el padre, molesto más por la reflexión que le había precedido que por la respuesta de su hija.

-No soy ya ninguna niña, papá. Sería suficiente conque tú que atiendes a otros muchos, me concedas un dinero para que contrate a un detective privado.

-¿Para qué? -preguntó el padre como si no hubiese antecedente del anterior diálogo.

-Se lo debo a Teresa, siempre creyó que no habría entre nosotras una amistad perdurable.

El padre se alarmó y comprendió que Teresa Amaya había logrado conquistar el corazón de su hija.

-No hay duda -corroboró como quien ratifica una verdad incuestionable.

-Un buen día me dijiste que tu afán era lograr mi felicidad -le recordó Ana María.

Se sumergió el padre en la búsqueda del recuerdo y lo encontró. Fue un día, en que, a pesar de ser un buen padre, tuvo, como pocas veces manifestaba, una debilidad de vocabulario y de pensamiento, en contra de su incapacidad de mostrar afecto, al exponerle la satisfacción por su nacimiento, que redundaba en que su dotación de dinero la atesoraba para su disfrute. Junto al cargo económico efectuado, también esta manifestación propinó un duro golpe a su mujer que escuchó la desheredación como lo que venía amasando en su cabeza por los recelos que tenía contra el que un día le prometió compartir con ella perpetua relación. No

obstante, este afecto hacia su pareja, máximo exponente de su dicha, lo expresó su marido antes del suceso del metro. Luego hubo como un cambio substancial, de descomposición del cariño, como si una losa se alojara a su vera. No era desdén hacia su esposa, sino una derivación de su ganado prestigio.

Cuando la madre de Ana María murió, no se indagó la causa. Hay fallecimientos que acontecen por querencia natural. Y si en Teresa se daba un "accidente" sobrecogedor y despiadado, que le había infringido padecimientos, en la madre se certificó la defunción por fatalidad natural, sin fenómenos extraños que sobresaliesen.

Ana María había querido muchísimo a su creadora, amamantando unos sentimientos por su continuo recibirla en sus brazos antes los desplantes autoritarios del padre. Este también atesoraba amor hacia su hija, pero con el intento de fabricar en Ana María un temperamento fuerte para hacerla una mujer de hierro. De ahí su intransigencia como instrumento de formación, aunque esgrimiendo a escondidas un inigualable cariño paterno, antepuesto a cualquier otro, incluso al de su esposa.

Su apego a la vida, más que su correspondencia a los sentimientos, se lo planteó el padre cuando, desaparecida su madre, le explicó cómo la tierra seguía girando, y había más cordura en celebrar el porvenir que en destrozarse con el desamparo.

Puso Tadeo Méndez muchos peros a ciertas amistades de Ana María. Encontraba en ellas una absorción nociva que

maleaban a su hija, y sin privarla de sus compañías, intentaba desligarla de su sujeción.

El padre no se tomó tanta reflexión para confirmar las palabras de Ana María como el que se lleva aquí pincelando los caracteres.

-Así es.

-Entonces, ¿por qué esa obstinación en no favorecer mi capricho?

-Porque como tú dices, es un capricho.

-Que pretende identificar a un culpable.

-No lo veo tan claro.

-Papá, no llego a entender tu vacilación.

El padre reconsideró su ruego. ¿Qué peligro podía existir en atender lo que pedía? ¿Por qué rehusar el contratar a un investigador privado? Además, conocía a una persona que le sería útil a los dos. Después de un paréntesis, agregó:

-Si accedo, seguirás mis consejos.

-Los que mandes.

-Pues de acuerdo.

De aquí a personarse al que el padre iba a pagar para que entretuviera a su hija haciendo de buceador en los entresijos del crimen, hubo seis días.

Cuando se requirió a Ana María de su cuarto al salón y descendió la escalera desde el piso alto, se topó con un hombre menudo, de cuarenta años, empequeñecido en el sofá y con gafas de cristales gruesos. Parecía tímido. Llevaba pantalón vaquero y daba la impresión de ser muy bajito y retraído por no saber cómo empezar cuando Ana María se le colocó

delante. Tenía unos labios de papel de fumar, risa inexpresiva, con corte de pelo a escaso saliente del cuero cabelludo y con acreditación del padre.

Según Ana María aquel hombre no tenía trazas de ser el indicado para desenredar un insignificante problema, pero como acostumbraba a sucederle, se prendó de aquél por el que nadie se hubiera empeñado.

Decidió Ana María, a costa de parecer una entrometida, comprobar las virtudes por las que el padre había asignado el caso al individuo, y cuyo nombre, Godofredo, tampoco nadie hubiera invocado para sí. Nombre que probaba su reminiscencia bárbara, pero sonora, que como se ha dicho, si a cualquiera le hubiera incentivado un rechazo, a Ana María le subyugó.

Tiró de su lengua para sonsacarle de dónde venía, cuál era su ocupación, la experiencia desarrollada, o dónde vivía. Acudió a preguntas que implicaban más rellenar un currículo para competir en un examen de selección a un puesto de trabajo, que no estar ya contratado, como así se lo había asegurado el padre, para empezar con el motivo en cuestión.

Si el padre le había ofrecido el empleo, discutírselo estaba fuera del alcance de la hija, por lo que Godofredo se despreocupó de la indagación de que era objeto, y consintió contestar sin salirse del estudio de examen y de mero conocimiento de Ana María.

Fue concisa su alocución, con desparpajo, que contradecía la primera impresión que le había dejado a Ana María.

-Su padre me ha dicho que usted me necesita, y aquí

estoy. Indudablemente mi trabajo se recompensa, pero con cualquier oferta hubiese aceptado. No solo por estar obligado con su padre, sino por ser influyente hombre de negocios. No procede oponérsele en nada, y es conveniente, por el contrario, entrar en el campo de sus favores. Su padre los compensa con largueza. Bueno, que voy a contarle yo a una hija que esta no sepa. Eso sí, me ha avanzado que aunque está dispuesto a complacerla, sea comedido en el gasto, ahorrativo y no dilapidador, pero sin escatimar esfuerzos. Por tanto, consideraré con detenimiento cómo deberé obrar cuando se explique. En el presente me dedico a este trabajo para completar otras partidas. Tengo otras ocupaciones que atender. Pero de acuerdo a cómo se desarrollen los acontecimientos veré el grado de dedicación que me llevaría, y así valorar el importe del sueldo y el interés que tenga la historia. Le debo mucho a su padre porque siempre se ha portado bien conmigo. Pero no toca hablar de mí, sino de lo que le preocupa. Su padre me ha indicado que se haya muy afectada. Además, antes de continuar le prevengo que su padre me pide que le ponga al corriente de cualquier minucia que despache con usted. Debe comprender que me debo a su contrata.

-Es lógico que sea así, es mi padre.

-Pues entonces explíqueme lo que sea de valor.

Ana María desvió su mirada mientras Godofredo encendía un pitillo. La mujer se concentró en la exposición para que sirviera de base a la investigación posterior, y se echó para atrás en el sillón atenta a como Godofredo expelía el

humo tras una chupada al cigarro. Concluyó realizando un ademán de principiar el relato.

-No sé si lo que voy a narrar puede ser interesante, pero procede no dejar nada en el olvido para que así haya hilazón en los hechos y no se me escape ningún detalle.

"Conocí a Teresa en la escuela. Nos tratamos porque nos compenetrábamos e íbamos en una misma dirección, aunque una con más dinero que otra. Éramos simpáticas, aunque ella me sobrepasaba. Sentíamos deseos de distraernos y nos aferrábamos a nuestros sueños. Estábamos en ese periodo en que nos contábamos nuestras penas, traducidas en amores insatisfechos y en las experiencias al entorno familiar, por eso de que nunca se está contento con lo que se tiene. Yo desde niña había sido la envidia a imitar por mi situación. A Teresa le agradaba ponerse mis vestidos, imaginaba que realizaba grandes viajes y disponía sin comedimiento de lo que a mí me sobraba y a ella le faltaba... Cuando nací, mi padre estaba en la cresta de la fama comercial. Sus empresas destacaban por producir dinero a mansalva. Había creado un imperio desde que a los 23 años se propuso dedicarse con toda clase de medios a producir una enorme fortuna. Todos me han hablado favorablemente de mi padre, aunque muchas veces he observado una profunda dureza en las miradas que le clavaban, sin que nunca haya sabido determinar si era producto del respeto o del miedo... Mi madre era el refugio donde desahogaba mi llanto. Era frágil frente a mi padre, sin inventiva para defenderse, pero con capacidad de repliegue para solventar enfrentamientos o reprimendas. Esta tendencia a la subestima,

así como el "accidente" que, según parece, se camufló con un patético suicidio, me dejó sola con mi padre, al que, a mi modo, también he querido, pero quien coloca múltiples trabas a mi persona por estar demasiado preocupado para que no me pase nada, y con rechazo hacia el que tiene el descaro de rondarme. De ahí, en parte, me proviene cierta infelicidad, sin que deba tomarse como que mis privilegios no hayan hecho mi vida más placentera que otras... Pues bien, y retomando el asunto de su contratación, durante años hemos estado Teresa y yo muy unidas, en gloriosa amistad, en fidelidad mutua, contándonos hasta..., bueno, no es difícil deducir lo que dos chicas veinteañeras suelen confiarse, donde destapábamos confidencias que subirían el color a muchos. Nunca entramos en discrepancias de chicos, pero también es cierto que a ella le agradaba llegar en sus relaciones a situaciones más comprometidas, aparte de que a mí, como ya he dicho, me resultaba difícil. No saque usted que se estuviera acostando con todo aquel que se le insinuara, ni que encabezara caudillaje en el sexo ni que no reprimiese sus instintos. No me interprete usted en exceso. Se trata simplemente de lo que se llama hoy en día una mujer liberada, de las que abundan en contra de las de corte clásico. Por ello resulta imposible precisar con cuántos estuvo. Yo quizás podría enumerárselos, pero sería interminable de explicar".

-Y su padre, cómo acogía su amistad con Teresa -cortó la exposición Godofredo, admitiendo que había otros apartados más sobresalientes, y considerando accesorio el repaso sexual que hacía Ana María.

-Con ojos destemplados. Había por un lado una prevención a su condición más humilde, lógico en mi padre, que había prosperado por sí mismo con esfuerzo y sacrificio hasta destacar y conseguir una posición envidiable. Pero también en ocasiones distinguía yo cuando hablaba de mi amiga ternura en su semblante.

-¿Reparos de tipo personal? -incidió el investigador intercalando su interés, y haciéndose eco del sentir popular de que los detectives son propensos a solemnizar en las preguntas que hacen.

-No sé lo que quiere decir -contestó desconcertada Ana María.

-Perdone, no es nada. Siento la interrupción. Continúe.

Ana María, en los breves segundos siguientes, razonó sobre hacia donde Godofredo relacionaba las preguntas, y luego prosiguió con su historia.

-Cuando Teresa traspasaba nuestra puerta, mi padre la acometía sobre si tenía algún apuro, sobre sus estudios o la incitaba a que clarificara tal o cual cuestión, y aunque conocía por mil veces repetida en qué ámbito familiar y social se desenvolvía, solicitaba una y otra vez los mismos apuntes, que incluso a mí llegaban a cansarme. A pesar de ello, toleró sus incursiones en la casa, cosa que no consintió a otras.

"Se inmiscuía en sus amores como si me preguntase a mí, pero con distanciamiento, desconectado de sus consideraciones... No comprendo la causa que llevó a Teresa

Amaya a esa tragedia. No tiene sentido ni explicación. Le atraía el hombre del que era novia, en el que se juntaba su elevada pinta y su exquisita educación con lo que básicamente una desea: sensatez y ardiente amor por ella... Un año llevaban en armonía y nunca destaparon un inadecuado desplante, una voz altisonante o un despecho por infidelidad. Estaban unidos por afinidades. Alguien quiso meterse por medio y Teresa declinó la invitación. Bueno, fue un competidor que sentía también pasión por ella, pero quedó escocido. Teresa se escudó desistiendo del pelma, le paró en seco sus pretensiones diciéndole que ella estaba tentada exclusivamente por Bernardo".

-¿Quién? -soltó altisonante Godofredo por no haber escuchado con claridad el nombre.

-Bernardo Vergara.

-¿Y el otro? -volvió a preguntar.

-Lorenzo Crespo.

-¿Desistió sin más?

-Probablemente.

-¿Sin más? -reiteró

-No lo sé.

Godofredo anotó en su libreta los nombres, y luego puso como apunte de referencia los datos que serían guías conductores a seguir. "Bernardo Vergara. Novio. Se entendían. Posible relación de cama". Después acotó el perfil de Lorenzo Crespo, al que sólo añadió "el amante". Releyó lo escrito y asumió con más fiabilidad la relación entre Bernardo y Teresa, tachando la palabra "posible".

No sabía si su labor debía de ir tan lejos. Tadeo Méndez le había acotado su actuación hasta donde, sin dejar de complacer a su hija, no tropezara con las inspecciones de la policía. Aquel análisis podía dar un campo de luz, el mismo en el que hubiese reparado el más inútil de los seres si hubiera sido contratado para ocuparse del caso.

Además, el dinero que le ofrecía Ana María contribuiría a su manutención. Pasaba por una situación económica crítica, y ya con placa de detective, para encarrilar sus proyectos, ocupaba su mente en desentrañar alijos de marihuana, robos de lingotes de oro, rescates de secuestros, intrigas de asesinatos, pero sobre todo, destapando las infidelidades para promover divorcios, que ni el global de los detectives famosos hubiesen desenvuelto con más soltura.

Ese mundo de fantasía se tradujo en realidad en que el respaldo que tuvo fue un trabajo como vigilante en una de las empresas de Tadeo Méndez. Le apoyó con la colocación hasta cerrarla por déficit acumulado, y sin que se le plantearan huelgas despilfarradoras, reclamaciones abusivas ni conflictos que no resolviera a las primeras de cambio.

Numerosos trabajitos adicionales otorgó Tadeo Méndez a los obreros que se portaron agradecidos, por ser más gregarios y estar más necesitados. Recolocó a unos y prefirió a otros, y superó la crisis con gran solvencia y manteniendo intacto su capital.

Godofredo fue uno de los beneficiados. De vez en cuando le ocupaba en alguna operación, acorde con la disponibilidad servil del empleado, en la que, haciéndose

cargo de la situación, cumplía a rajatabla los dictados del señor acaudalado. No entendió ni valoró lo que Tadeo quería de su hija, sospechaba que era otra manera de fortificarla, porque su trabajo se encuadraba en el oscurantismo de las sugerencias que le había dado sobre lo que tenía que abarcar y sobre la relación que debía mantener con su hija. El dinero acabó por sepultar sus dudas. Se contentó con el sueldo de meses que le reportaría su trabajo y que completaría con un monto adicional si todo encajaba como pedía el padre que se condujera.

Tadeo Méndez apostaba porque no se prolongaría demasiado el encargo. La policía descifraría el enigma con pesquisas más sólidas a las que siguiera Godofredo, lo que constituía para este un inconveniente, porque lo que cobrase por esta dedicación sería el sostén de su subsistencia en los tiempos malos por los que pasaba.

Separado en su matrimonio, ultimaba reencontrarse con su ex esposa, pero ella le apartaba nada más verlo merodear por su vera. No quería ni echarle el ojo. De aquí que en Godofredo menguara el alimento de su sustento por la agravante de la asignación que le tenía que pasar. Se apenaba aún más, porque le faltaba lo que cualquiera posee cuando convive con su consorte, agrandándosele su pesimismo porque nunca supo valerse sexualmente por sí mismo.

En lo que ahora se le encomendaba se mantendría reservado, muy a la escucha, sujetándose a los suministros contables y no al efectivo resultado para el que se le había contratado.

-O sea que vivía a dos bandas -entresacó de las dos versiones amorosas de Teresa Amaya, una vez hechas las matizaciones de los dos oponentes.

-No. Quizá me haya expresado con inexactitud. Teresa se desvivía nada más por Bernardo Vergara.

-¿Los dos se encuentran por aquí?

-Sí.

-¿Sería procedente que hablase con ellos?

La pregunta de dejar a otra persona la decisión del contacto decía poco en su haber y alentaba una desidia contraria a lo que parecía resaltarle.

-¿Coge usted el caso? -preguntó Ana María sin rodeos.

-No puedo defraudar a su padre.

Godofredo apreció en Ana María un acento confortable más allá de su sonrisa, y del que dedujo una candidez acorde con una muchacha rica en el saboreo de su dulce juventud.

Aquella "pequeña", como la llamaba el padre, tenía la calma interior de las almas puras. Redondeaba su fisonomía con un hálito de ternura e ingenuidad, celebrados adornos de su virtud. Godofredo se chifló de su apariencia sin atisbos de dobleces y por sus directas palabras que le habían conducido a una encerrona sin excusas para desistir. Padre e hija le habían convencido para que aceptase la encomienda: uno por obligado reconocimiento, y la otra por su persuasiva influencia que hipnotizaba a quien tuviera el placer de escucharla, y a la que se le unía un toque infantil por donde canalizaba sus recursos. Aquel ángel sin alas había desplegado su

naturalidad con una convicción que durante unos instantes se le antojó a Godofredo traicionar al padre y se juramentó someterse a Ana María, hasta premeditó no relatarle a Tadeo Méndez los pormenores de la entrevista. Pero no era acertado estar de malas con él. Y se atuvo al principio de nadar entre dos aguas para contentar a ambos.

Se despidió de Ana María hasta obtener otras informaciones para hacer nuevo balance.

Lo primero que en la calle resonó en su cabeza fue por qué mezclar los recientes y tristes sucesos con un misterio. Hoy no hay nada que asombre. Una mujer abierta en canal indicaba el descarriado camino emprendido y el consiguiente morbo para los consumidores de seriales surtidos de aperitivos fuertes. Era en los telediarios un caso de tantos en una época de tantas. Teresa Amaya tampoco tenía la aureola de ser alguien importante para que trompetearan voces de alarma entonando solución pronta y práctica. De ahí las recomendaciones de Tadeo Méndez, "no más allá de lo que nos implique con la policía". Estaba justificado. ¿Para qué emporcarse con unos destripados que olían a podrido? El interés de su hija, repleto de deudas hacia la amiga, era el desgarro del golpe recibido. Luego con el transcurrir del tiempo se le olvidaría, y su existencia fácil le refrescaría que no debía entenderse, como le sugería su padre con tono remiso de aparente frialdad, con gente de fuera de su ambiente.

Hacía frío. Llovía gotas diminutas. Y la noche con su negror se contorneaba por el reflejo de las luces de neón y de

los conos de las farolas que salpicaban en el asfalto. Ese resplandor producía más negrura a la mirada enviada hacia lo alto. El paisaje urbano se espesaba con unas brumas insondables que producían cierto miedo. El miau de un gato rompió el silencio, como único ser que con Godofredo transitaba por la acera. Se inclinó el investigador por la baranda de un puente hacia el vacío sin fondo, donde solo el rumor del agua daba pie a concebir la altura de diez metros. No vislumbró el cauce del río, ni los pilares del puente al romper el curso de la corriente. La tenue luz que despedía la calzada se desvanecía a cinco metros. El agua de lluvia que lo empapaba, le espabiló. Necesitaba llegar a su casa para poner en orden sus ideas. Se apresuró en su demanda. En un callejón oyó ruido y el frustrado intento de abrirse paso una boca taponada. Juzgó imprudente meterse en litigios que no le incumbían. Pero a pocos metros, se ablandó en su férrea resistencia, torció el cuello y lanzó la vista hacia el callejón, especulando sobre lo que ocurría. Cobró realidad que le ocasionase disgusto y se dotó de agilidad para aligerar el paso en dirección contraria. Entabló una discusión con su otro yo para clarificar la escena. Alguien estaba siendo asaltado. ¿Lo habrían matado? ¿Se desangraría malherido? "Y a mí qué", se dijo, "no soy ningún héroe, ¿no? Si hay un muerto, únicamente debe haber uno. No sé por qué tendría yo que acompañarle. Como si los robos y las contiendas no fueran pan de cada día. Un cadáver más dentro de la estadística criminal. Yo a lo mío, a esa mujercita que he abandonado en casa de su padre. Basta conque una o uno se cuide para que no le

asalten desalmados. Eso les pasa por golfear a estas horas de la noche. Ni siquiera me consta lo sucedido. A lo mejor ha sido otro miau de gato. Voy a concentrarme en mi negocio".

Llegó a su casa y traspasó la puerta. Se despojó de la ropa y se metió en la ducha. Una vez recuperado el calor de su cuerpo, salió en albornoz y se acercó al contestador automático para recoger los mensajes. Había dos. Uno de Bernardo Vergara que se disculpaba por presentarse a través del teléfono a un hombre que no conocía, pero enterado de lo que se traía entre manos era imprescindible hablarle. El segundo, de Ana María, reiterándole su fe en sus gestiones, y dándole las gracias por aceptar, lo que había olvidado en la despedida.

Lógicamente su atención la puso en el primer mensaje, y lo volvió a escuchar con detenimiento.

"Hola. Soy Bernardo Vergara. Perdone que me presente tan de improviso, pero hay algo urgente que deseo contarle sobre la muerte de Teresa Amaya. Francamente yo la quería mucho, aunque hay pormenores que me gustaría explicarle. Llámeme al 751200449".

No supo cómo el supuesto novio de Teresa le había localizado ni quién le había puesto al día de las indagaciones. Una iniciativa privada, que se le había encargado minutos antes, tenía excesivos conocedores. Intentó imaginarse cómo sería el novio de la mujer asesinada. Pensó que con chulapos y macarras se codearía. Se representó al individuo como un personaje dominador que se había aprovechado de la pobre Teresa, y dedujo, irreflexivamente, matices que le ponían

frente al culpable del asesinato. Retrocedió en sus apreciaciones considerándolas que estaban de más, y que no debía sacar fundadas deducciones de una voz telefónica. Se dejó caer en la cama y se durmió.

Apareció el segundo cuerpo flotando en el río, y el tiro que ceñía en su frente indicaba que había sufrido una muerte menos cruenta que la anterior; o sea, sin signos de una agonía lenta. El bang del detonador efectuado en seco y sin más contemplaciones, le había volado la cabeza a Bernardo Vergara, que había dejado de respirar sin que se conocieran cuáles habían sido sus errores.

Había transcurrido un mes desde su último encuentro con Godofredo, y para comunicarle la desagradable noticia, Ana María le llamó de madrugada por estar enterada de haber mantenido varias entrevistas desde el día del mensaje por teléfono.

De modo que la contratante quiso averiguar si había algo que desentrañar en lo que le había contado Bernardo Vergara antes de que cristalizara este otro "accidente". Godofredo, medio dormido por el madrugón, le dijo que no.

Se vistió y se encaminó el detective al río, alcanzándolo cuando levantaban el cadáver con hinchazón abundante y totalmente desfigurado. Contempló su cara y no reconoció el rostro con el que había mantenido semanas antes una sugerente conversación.